¿Feliz día del amor?

Jonatan Fernando Flores Victorino

El mes de febrero no solo es una temporada del año, es una postal de lo más llamativa. Pensar en febrero es evocar el olor a chocolates y caramelos, acompañados de enormes osos de peluche; es pensar en largas dedicatorias de amor guardadas en sobres color rojo, atados a globos con forma de corazón volando por todo el cielo. Sí, febrero es el mes ideal para hablar del amor.

Para iniciar, quizá sería conveniente evocar el concepto básico que tenemos sobre el amor, el primer recuerdo que nos hizo conscientes sobre lo que esta palabra significa. Tal vez sería la figura de la familia la primera que nos habló de amor: un padre que nos brindo toda clase de bienes materiales, una madre que nos cuidó en todo momento, un núcleo que nos permitió crecer y desarrollarnos, en el mejor de los casos, a plenitud. Y, aunque en muchas ocasiones lo que predomina en la familia no es el amor, sino la obligación, la abnegación, y la histórica dualidad de género donde el hombre es proveedor y la mujer es educadora de los hijos, no será ese el concepto de amor que aquí cuestionaremos.

Donde sí conviene hacer una pausa, es en el amor que nos enseña la música que escuchamos, las películas que vemos, los cuentos que leemos, prácticamente todo lo que nos rodea nos habla de amor. Ese amor que nos vende la industria del entretenimiento y del consumismo es principalmente un culto a la tragedia, a la sumisión, es un amor que desvaloriza la esencia individual del ser, lleno de estigmas y tabús. Lo anterior lo podemos ejemplificar en frases tan cotidianas como: si no duele, no es amor; el verdadero amor perdona; las personas, por amor, cambian; no hay nada peor que vivir sin amor; el sexo sin amor es solo “calentura”; vinimos al mundo a encontrar nuestra media naranja, alguien que nos complemente; por amor, uno renuncia a sí mismo; entre muchos otros ejemplos que están presentes en todos los ambientes donde nos movemos. En resumen, el amor sin sufrimiento no existe, no es posible, no funciona, y esa concepción se ha naturalizado con el tiempo, a tal grado que no podemos concebir una idea de lo *romántico* que esté separada del *dolor*.

Todas estas ideas, tan arraigadas ya en nuestra cultura, nos han ido formando una idea del amor totalmente retorcida, equivocada, enferma, por darle solo algunos adjetivos. Lo peor es que ese amor romántico, trágico, sumiso y abnegado, es el que ha quitado la vida a miles de mujeres en nuestro país, y que lo sigue haciendo hasta la fecha. Bastaría solo con analizar algunos casos de agresiones sexuales, tortura, mutilación y hasta asesinato perpetrados en contra de mujeres, para darnos cuenta de que las víctimas no han encontrado la muerte en manos de algún criminal experto o un asesino serial, sino en manos de su novio, esposo, de su padre, su

hermano, abuelo, tío; en fin, de una figura masculina que, se supone, vivía para protegerlas, para cuidarlas, para amarlas. Desde este análisis, es indispensable señalar que estamos ante la figura del *feminicida perfecto,* pues muchas veces ni siquiera se vale de la fuerza física para actuar, ya que basta con una palabra, un gesto o una pequeña acción “en el nombre del amor” para despojar a una mujer de su voluntad, triturar sus emociones o quitarle hasta la vida.

Aunado a lo anterior, el paradigma histórico, arbitrario y patriarcal de la dualidad masculino-femenino, dicta que el hombre, por su naturaleza, es el fuerte, el proveedor, el que protege y encabeza una familia; la mujer, por otro lado, es amorosa por naturaleza, por eso su función primordial es dar vida, no solo refiriéndose a la concepción, sino que la figura ideal de una madre es la de una mujer abnegada, sumisa e incondicional, que se despoja de sus necesidades más básicas, de sus deseos, de sus opiniones, de sus sueños, todo por ser la que cría, cuida y educa a los hijos, la que mantiene a la familia en unión. Afortunadamente, estamos despertando y estamos cuestionando ese y otros tantos roles de género absurdos, que desvirtúan toda la potencialidad de un ser humano, sea hombre o mujer, para reducirle a cumplir con una serie de requisitos impuestos al nacer. Además, la cultura nos va enseñando, conforme crecemos, lo importante que es el amor por el prójimo, incluso se nos dice que el amor por los demás es primero que el amor por uno mismo, de ahí que el “amor” sea concebido como actos de entrega, renuncia, sumisión, dolor y sufrimiento, porque lo importante es amar, ser amado puede esperar.

Ojalá podamos poner atención en estas reflexiones, y otras señales de alerta que también existen y que aquí no se han mencionado, pero que ponen en evidencia lo peligroso que resulta vivir bajo esa concepción romántica del amor, que más que construirnos, nos destruye, que se ha convertido en un amor feminicida, que atenta contra la mujer en todos los aspectos, en lo físico, emocional, espiritual, en lo anímico. Que este mes de febrero nos ayude a ver lo indispensable que es poner el amor propio por encima de cualquier otro amor, abrir los ojos y evadir el sufrimiento, para avanzar a relaciones erótico-afectivas recíprocas, maduras, sanas, relaciones que construyan, que aporten, que compartan, y no relaciones de aquellas que llegan a matar en el nombre del amor.